

La Civilización y la Barbarie en la visión  
del camino de Damasco.

La más vieja aspiración del hombre, siempre víctima del hombre y del ambiente, ha sido la de encontrar alguna cosa, que lo hiciera, en alguna manera, invulnerable al hombre y al ambiente.

Desde el Vellocino de Oro en el mundo antiguo hasta el Eldorado en el nuevo mundo; desde la insensibilidad artificiosa de los estoicos y de los fakires hasta la imaginación de residencias sin necesidades naturales y sin horrores humanos; desde los cuentos de hadas hasta la Magna Carta; todo sale y todo gira alrededor de esa aspiración universal.

Y en la interminable busca y rebusca de expedientes emancipatorios, que empieza con las invocaciones y prosigue con las varitas y las frases mágicas, la cábala, los amuletos y talismanes, la piedra filosofal, el elixir de larga vida, el disolvente universal y la quintaesencia, aparece, al fin, la cosa buscada en la cosa buscante: «la fuerza capital de nuestro mundo, la que pone en movimiento á todas las otras», según la definición de Clémenceau.

Como en la fábula de los trabajadores, inopinadamente enriquecidos por los productos agrícolas de la heredad que labraban con perseverancia para encontrar un tesoro oculto, el bienestar que se buscaba por agentes extrínsecos, ha empezado á resultar de los poderes intrínsecos del hombre mismo, de la inteligencia empleada en la persecución de las quimeras y desarrollada por la ejercitación milenaria en esa escala ascendente desde las cavernas primitivas, excavadas con las uñas en los barrancos, hasta los rascacielo, levantados en las llanuras con el ingenio aguzado y pertrechado con los métodos científicos en las universidades: desde el hacha de piedra hasta los sueros, los submarinos y los aeroplanos.

Y también, al tesoro oculto de la humanidad—á la libertad con pan y manteca—para poder vivir la vida, para pensar y sentir y obrar, amar y soñar, sólo hemos podido acercarnos por el desenvolvimiento de las ciencias y las artes, suscitadoras de ingenio y engendradoras de riqueza, y á virtud de las cuales, las más viejas naciones de Europa han podido llegar, en menos de tres siglos, desde la esclavitud y la servidumbre á los seguros y las pensiones obreras.

Y el primer argentino que vió netamente la cosa con que se puede bonificar el ambiente social y domesticar el ambiente natural, para hacer hospitalario el país para los nativos y los extraños, nos ha referido los pormenores del feliz encuentro, que tuvo lugar en las circunstancias más desdichadas:

«Era yo comerciante, en 1826, y estaba parado á la puerta de mi tienda, frente al cuartel de San Clemente, cuando vi llegar, entre una nube de denso polvo, preñada de rumores, de gritos de blasfemias y carcajadas, con el alarde triunfal que da el triunfo y la embriaguez, 600 jinetes desgüeñados y harapientos».

« En la significación inagotable de las cosas, el ojo ve en proporción á los medios de ver que trae », dice Carlyle, y la capacidad de ver hondo en la significación inagotable de las cosas que nos pasan delante de los ojos, puede ser considerado como uno de los más grandes privilegios de la humanidad.

Inúmeras personas se habían bañado antes de Arquímedes, sin notar la disminución de su peso en el equivalente del agua desalojada. Millones de seres racionales habían visto oscilar á las arañas de las catedrales, pero sólo Galileo vió en ese hecho, para todos, del movimiento de la tierra. Centenares de millones de hombres y mujeres habían visto caer manzanas, pero la ley de gravitación universal, que estaba implicada en ese hecho aparentemente nimio, no se reveló á los hombres hasta que apareció en el mundo el cerebro de Newton.

Más de veinte generaciones habían ensayado inútilmente en nuestra raza el mejoramiento del pueblo, por medio de las doctrinas, las leyes y los reglamentos, sin ver que no es posible levantar la vida nacional sin levantar la inteligencia nacional, porque el pensamiento solo puede traducirse en acción por intermedio de la mente, y que la torpeza del instrumento comporta el fracaso del precepto ó de la regla, en política como en moral; sin ver que las doctrinas y las leyes son como los caminos, las carreteras, los canales y las vías férreas, que pueden facilitar ó estorbar la circulación de las personas y de las cosas, pero no pueden cambiar la naturaleza ó la calidad de las personas y de las cosas circulantes.

Y la intuición genial de Sarmiento consistió precisamente en ver en la escuela que hace patentes los poderes mentales latentes del habitante, el instrumento capital para el más capital de los problemas hispanoamericanos, porque las mismas garantías constitucionales son humo de paja cuando no están respaldadas en « esa arca santa, fuera de la cual todo es diluvio », como dijo Horacio Mann.

Consistió en ver que los cazadores de indulgencias á sablazos en las espaldas del prójimo, que al grito de « religión ó muerte » habían aniquilado el Gobierno progresista de Del Carril, por haber establecido en la Constitución del año 25 la libertad de cultos, eran cristianos vírgenes de ciencia y de cultura mental, con 18 siglos de sermón de la montaña á la espalda; porque la recitación y la violación de los diez mandamientos formaban dos rutinas paralelas, desde el Sinaí hasta el infinito.

Consistió en ver, en el fragor de la lucha á muerte entre ciegos políticos, enardecidos por su propia ceguera, para decidir por las armas si el país se gobernaría con el dogma de los unos ó con el dogma de los otros, que la civilización es asunto de condiciones mentales y no de preceptos verbales, como lo entendían los españoles y los árabes que habían guerreado 800 años en la península, sobre esa concepción fetichista y oriental, de la verdad escrita, que hacía desear á Moreno « leyes tales que los hombres no pudieran ser malos, aunque lo quisieran ».

Consistió en ver en esa nube de polvo, que era el hecho aparente, el fondo de barbarie natural, emergiendo en montonera, desde

las campañas huérfanas de civilidad, para hacer lo que él llamaba tan gráficamente «la nivelación por las patas».

Consistió en ver que «no se gobierna con armas, sino con inteligencia—son sus palabras—y que el abismo que media entre el palacio y el rancho, lo llenan las revoluciones con escombros y sangre, cuando no ha sido allanada por la escuela», que abrevia y resume para el individuo el proceso evolutivo de la inteligencia en la especie.

Y en esa temprana edad, en que otros hemos tenido solamente la intuición de la cultura individual para el progreso individual, tuvo el incomparable sanjuanino esa intuición de la cultura nacional para el progreso nacional, que tan vigorosamente apresuró la substitución de las escuelas y los ferrocarriles del presente, á la fe y la mula de nuestros antepasados.

La visión del antídoto de la barbarie, en la idea de rehabilitar por la escuela popular el órgano del progreso aletargado por el fanatismo, suscitó en él la vocación para el magisterio, y desde ese día quedó consagrado por inspiración propia, con su robusta inteligencia, su gran corazón y su escaso saber inicial, á la causa del progreso intelectual, que es el padre y la madre de todos los mejoramientos pasados, presentes y futuros de la especie humana.

«Esa fué, ha dicho él, mi visión del camino de Damasco, de la libertad y de la civilización. Todo el mal de mi país se reveló de improviso entonces, ¡la barbarie!»

La barbarie que era la sustentación de la verdad oficial con el terror oficial, la única lección duradera que habíamos recibido en esa insuperable escuela práctica de crueldad y fanatismo, que fué la inquisición española; la cultura de la inteligencia por la escuela para suscitar la capacidad de gobernarse cada uno por sí mismo, y el poder de arrancar á las fuerzas de la naturaleza lo que se arrancaba á las fuerzas del prójimo cuando eran desconocidas las leyes naturales.

Esa fué la visión de las necesidades del presente en los horrores del presente, que hizo de dómíne adolescente de San Francisco del Monte, el gran iluminado de la época más oscura de nuestra breve historia, el escritor más fecundo y original, el más ardoroso propagandista de las luces, y uno de nuestros más grandes Presidentes.

Los dos millones de ciegos del entendimiento que en Chile han adquirido en su «silabario» la visión del pensamiento ajeno en el papel impreso; los cinco millones que en la Argentina la hemos adquirido también en el mismo instrumento, ó en las escuelas por él fundadas ó fomentadas; y los centenares de miles de personas, que, por la acción directa, ó por la resonancia de su apostolado, hemos levantado nuestro estandarte de vida y de eficiencia, en todos los órdenes de los intereses humanos, somos los beneficiarios de ese «experimentum crucis», en el cual, á la manera en que hace 31 años, al paso de una poderosa corriente eléctrica en el vacío, se volvió luminoso en el laboratorio de Menlo Park, un delgado filamento de carbón, que hoy alumbrá al mundo entero, una pode-

rosa corriente de sentimiento humano, inducida por un tropel de infelices foragidos, encendió en la mente de un pobre y oscuro vendedor de zaraza, un foco de luz intelectual, que alumbra hoy la vida argentina hasta los más apartados rincones del inmenso territorio que heredamos en tinieblas.

En 1826 florecía en la América del Norte la civilización moderna formada de libertad, de justicia, de tolerancia, de cultura, de bienestar, y nosotros estábamos en los horrores de la intolerancia, la anarquía, la miseria y la incultura.

Haciendo patria ellos con la escuela y nosotros con las fórmulas políticas sustentadas por los «voluntarios codo con codo», allá clareaba el día y aquí duraba aun la noche de la Edad Media, resultante de la condición «tabou» de la mente, que la substrajo á las necesidades del presente para confinarla en las de mañana; con lo que, el hombre que habitaba el reino de la física, creyendo residir en el imperio de la metafísica, sólo podía ver los inquilinos de las tinieblas, en el ambiente en que existían, potencialmente, como nuestra América antes de Colón, las maravillas de la ciencia y de la industria esperando á sus descubridores.

Y esa manera de cordón sanitario para la preservación de la parte, sobrenatural del individuo, contra la contaminación de la parte y del ambiente natural, no fué ultrapasada hasta el renacimiento en el occidente, y, con la sola interrupción del reinado de Carlos III, fué prolongada por los reyes católicos en los dominios españoles hasta el siglo XIX, siendo éste el antecedente de la pasada inferioridad de nuestra raza, en los terrenos en que no había ejercitado la mente, en la política, la ciencia, el comercio y la industria, con la superioridad correlativa en los terrenos que le eran familiares, en la metafísica, la teología y la escolástica.

Y del mismo modo que el carácter «tabou» del cuerpo redujo la pintura y la escultura entre los musulmanes, á la incurable monotonía del arabesco, el del entendimiento redujo la literatura al solo pensamiento de mano muerta, servido en lenguas muertas, cuando el ideal del europeo no consistía en «saber para obrar y en obrar para saber», sino solo en matar ó en morir por su verdad, para salvarse por su fe.

Exactamente lo contrario era el plan de Sarmiento, quien, para remediar la pobreza científica del español, que había hecho decir á Larra «Lloremos y traduzcamos», cruzaba el Plata y el estrecho en los últimos años de su vida, para concertar con los países vecinos la traducción y la publicación en común, de «las obras que cada año arrojan, como torrentes de luz, las prensas de los países civilizados, y que permanecen ignoradas para nosotros, como la luz para el ciego y el sonido para el sordo, porque hemos nacido en países del habla castellana, emudecida para el progreso», dice su biógrafo chileno, el señor Guerra.

El descubrimiento de la imprenta consistió en substituir la matriz de letra á la matriz de página, y la civilización liberal ha consistido en substituir, ó por lo menos en acoplar la cultura de la inteligencia para la vida, á la cultura de la inteligencia para después de la

vida, aniquilando la imbecilidad natural, no por la guerra quijotesca contra el espíritu del mal, que es la infructuosa empresa de Sísifo en que se estancan las civilizaciones ritualistas, sino por la guerra contra la imbecilidad que, si tampoco suprime completamente la maldad, levanta por lo menos el ambiente y el estandarte de la vida.

Porque la inteligencia nacional, como el suelo, es un capital nacional, y á la manera en que el arado acrecienta el rendimiento de la tierra arable, la pedagogía acrecienta el rendimiento de la inteligencia cultivable. «Una inteligencia que se ejercita, agranda el órgano de que se sirve, como se robustece el buey á fuerza de tirar del arado», decía Sarmiento, volviendo al concepto griego en la prolongación de la «ciudad indiana», en la que «todo terminaba, dice J. A. García, en misas, novenas y procesiones para agradecer los beneficios recibidos, para pedir nuevas mercedes», porque eran desconocidas las posibilidades culturales de la inteligencia humana.

Era obligatorio el empleo y el cultivo de los poderes sobrenaturales, porque se entendía que solamente de ellos podían emanar los bienes sociales, y porque se entendía que pueden emanar de las fuerzas naturales por vía de la inteligencia humana, es obligatoria hoy la instrucción pública, que tampoco es el primer deber del Estado, sino porque es la más alta conveniencia del Estado, en el orden primario, secundario y superior; pues, el que se limitase á la elemental solamente, haría lo del propietario que se reduce á la sola producción de forrajes para la alimentación del ganado, en el terreno capaz de producir legumbres, cereales, frutas, vino y azúcar para la alimentación del hombre.

Podría decirse que la conquista de territorios y la sujeción de pueblos extraños, era el único medio de engrandecimiento nacional, cuando la visión de las causas primeras obstruía la visión de las causas inmediatas y la España era «la señora del mundo y la reina de los mares», por el espíritu guerrero forjado en la reconquista, y que la instrucción pública es el más poderoso instrumento de engrandecimiento nacional, cuando la fe del musulmán, que es la llave del paraíso, y la instrucción, que es la llave del saber que es poder, bastan para explicar el estancamiento secular de la Turquía y el resurgimiento repentino del Japón.

Podría decirse también que, desde Colón hasta nuestros días, la América latina ha sido, ó es aun, teatro de tres diferentes procedimientos de cultura, que pueden ser mejor definidos por sus exponentes más caracterizados: el de la eficiencia para el mañana, por la fe del carbonero y la férula del inquisidor, transplantado de la península ibérica por Francisco Pizarro, que sabía rezar y pelear, pero que no sabía firmar; el de la libertad política elaborada por los anglosajones y promulgada por la revolución francesa, que tiene en San Martín y Bolívar sus principales representativos; y el de la eficiencia para el presente por la reaplicación del entendimiento humano al desenvolvimiento de los intereses humanos de que fué campeón principal Sarmiento en la América del Sur y que tiene en la

del Norte una legión de representantes, desde el inventor del pararrayos á Fulton, Emerson, Mann, Lincoln, Morse, Bell, Edison y Carnegie, y cuyo diferente grado actual puede inferirse del hecho de que haya habido más invenciones en la América del Norte en la última década del siglo pasado que en la del Sud en todo el siglo porque las invenciones son de la más alta importancia para el animal cazador de dólares y de ninguna para el animal cazador de indulgencias.

Para el rol de autómatas políticos que nos correspondía en el derecho divino de los reyes absolutos y de sus virreyes, «vicarios de Dios puestos sobre las gentes para mantenerlos en justicia y en verdad» los sudamericanos estábamos secularmente entrenados en manera de máquinas de creer y obedecer á los investidos de potestad sobrehumana para enseñarnos la verdad y mandarnos, con lo que venimos á resultar materia prima para los ilustrés americanos con facultades extraordinarias, que son todavía el oprobio de la América española.

Porque el complemento «sine qua non» de la superioridad hereditaria del director á perpetuidad, es la inferioridad permanente del dirigido á perpetuidad, la ineducación del pueblo es el dogma implícito ó el Syllabus expreso de los poderes tradicionales, y hasta en las más viejas y enquistadas dinastías asiáticas, la educación del pueblo apareja la representación del pueblo en el gobierno.

Y porque en las agrupaciones como en los individuos, el tutelaje sólo cesa de hecho cuando aparece de hecho la capacidad del tutelado, la libertad conquistada á los protectores de afuera y confiscada luego por los protectores de adentro, no ha sobrevenido, finalmente, de las constituciones escritas y pisoteadas, sino de las escuelas y de las universidades para los pocos que empezamos á disfrutarla.

«Educar al soberano» era, pues, el complemento indispensable de la emancipación política, y ese fué el programa de Sarmiento, que veía en «los niños de hoy la política de diez años después», y que empezó suprimiendo la barbarie en la escuela, con la supresión de los castigos corporales, para que cesara más tarde en el hogar y en la vida pública.

Para realizar ese plan, ajeno al régimen colonial, que tenía plétora de directores de la conciencia y carecía de cultivadores de la inteligencia, como un gran barco atestado de pilotos y falto de velas de calderas y de máquinas, impulsado penosamente por la fuerza muscular del indio, del negro y del mestizo, bajo el cielo indiferente á sus desdichas, era necesario importar y formar educadores, y esta fué también la obra grande del más grande educador de Sud América.

Porque es el hombre de raza española que ha contribuido en mayor medida á suscitar el poder de la inteligencia para la actualidad, en estas sociedades coloniales, que tenían todos los ideales de la vida en el mañana, sin presente y sin porvenir, estancadas en el pasado, como la Persia ó la Turquía.

La política es la conciliación de las opiniones y de los intereses diferentes, y la educación colonial nos había dejado en el extremo

opuesto, al excluir de nuestro ambiente social la diversidad de opiniones, y de nuestros hábitos mentales la duda y la tolerancia, que son á la mente lo que son al esqueleto las coyunturas y los cartílagos.

Por ello quedaron latentes los horrores que más tarde se hicieron patentes, al entrar en funciones políticas, ese entendimiento de una sola pieza, sin articulaciones y sin contemplaciones, del musulmán, para el que no hay más alternativa que el entierro ó el destierro de los que piensen de otro modo.

«El régimen colonial nos creó odiando á todo lo que no era español y despótico y católico», decía Sarmiento, emigrado y tachado por extranjero en Chile, y con la inteligencia así adiestrada como el instinto del perro de caza, no á tolerar al error y al extraño, sino á perseguirlos y darles caza, no cabían en nuestros tres millones de kilómetros cuadrados dos hombres grandes con ideas políticas opuestas, sin que el uno fuese víctima del otro.

Así se habían formado en la América española esos idealistas extirpadores de ideales y de vidas, que despoblaban el país para purificar el patriotismo; esos implacables cazadores de ideas falsas «in anima nobili», contra los cuales protestaba con la frase de Fortouil, inscripta al pasar en los baños de Zonda, el joven Sarmiento en camino del destierro: «On ne tue point les idées».

La relación entre la máxima transeunte y el sujeto es aproximadamente la que existe entre el pasajero y el vehículo. Un principio sublime alojado en la mente de un bárbaro, es como un sabio cabalgando en un potro indómito. Ambos están á merced de su vehículo, como á su vez lo estaría el potro, si fuese pasajero forzoso de un tren de hacienda.

Así, en 1826, el intelecto argentino era todavía el vehículo en bruto de los más grandes preceptos morales y políticos, en el país sin higiene, sin vías de comunicación y sin medios de transporte, sin máquinas agrícolas, sin escuelas y sin bibliotecas, como la Persia ó Marruecos.

Porque en la época colonial se entendía que la calidad del pasajero intelectual hacía la calidad de la mente que le servía de vehículo, y se procuraba la sanidad del sujeto sólo por la sanidad del precepto, á menudo incrustado con sangre á manera de tatuaje mental. El problema de la conducta se resolvía por la inculcación de la regla y el castigo al extravío, y el preceptor torturador era de ordinario lo inverso del educador de nuestros días.

Sobre ese concepto, los jesuitas edificaron la civilización efímera de las misiones, convirtiendo la inteligencia al estado de adoquín de los indígenas, en almacén de ritos y preceptos morales; los jacobinos guillotinaron á Lavoisier porque la república no tenía necesidad de sabios; Francia, que era discípulo de los jesuitas de Córdoba, extinguió el pensamiento nacional en el Paraguay, rebajando á sus compatriotas á la condición de autómatas morales; y nuestro ilustre restaurador de las leyes, el antípoda mental de Sarmiento, quiso hacer la felicidad del país por los principios federales, sin contradictores, sin escuelas, sin inmigración, sin prensa libre, con hombres de avería y sin hombres de pensamiento.

Y de los veinte años de guerra sin cuartel á los compatriotas extraviados, para la exaltación de los principios verdaderos, solo quedaron ruinas, odios y víctimas, y los vencedores de entonces son ya los vencidos de la historia de la civilización argentina.

Y en solo medio siglo de poner en acción alguna parte del capital inerte del régimen colonial, para levantar al sujeto por la cultura del entendimiento hasta el nivel de las ideas morales y de los preceptos políticos, bajo el impulso y sobre la inspiración genial de Sarmiento, hemos dejado de ser víctimas del hombre y del ambiente, en la pavorosa extensión en que lo fueron nuestros padres, y llegado á ser proveedores de pan y de manteca para los libres del mundo que saludaron nuestro advenimiento á la libertad.

El prestigio del educador, como el provecho del sembrador, es contemporáneo de la cosecha y no de la siembra, y proporcional á la importancia de los frutos recogidos.

La tarea de arar, desmalezar y sembrar la mente ó el suelo, es siempre una obra sin brillo, en que la destrucción es visible y la reconstrucción es invisible, porque la inteligencia en transformación es también, como el campo arado, sembrado y rastrillado, un desierto provisorio, en gestación de frutos ulteriores.

Por esto la popularidad del viejo luchador, que era escasa mientras duró el desbrozamiento y la siembra, y que empieza á crecer al empezar la cosecha, está destinada á agrandarse más que ninguna otra con el progreso venidero de la inteligencia argentina.

Y si el aumento de la estimación pública pudiera hacer crecer á las estatuas de bronce sobre sus pedestales de granito, llegaría á ser necesario echar la cabeza atrás para contemplar la suya, en el sitio mismo desde el cual su adversario omnipotente por los medios del pasado, hacía temblar de miedo á la generación á que entrambos pertenecieron, el uno para grandes bienes, y el otro para grandes males.

AGUSTÍN ALVAREZ.